

Una historia que ojalá no se repita

Guadalupe Salcedo y la insurrección llanera, 1949-1957

ORLANDO VILLANUEVA MARTÍNEZ
Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Departamento de Historia, Bogotá,
2012, 774 págs., il.

DESDE LA aparición, en 1962, del primer tomo del clásico libro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, al presente, la bibliografía académica profesional sobre la Violencia en Colombia (1946-1965) ha sido un tema permanente de reflexión, análisis y estudio tanto de nacionales, en especial en la universidad pública, como extranjeros, dando así espacio a trabajos que han abordado el problema en el ámbito nacional, regional y local. En el contexto nacional, la conformación de carreras de historia, maestrías y doctorados ha contribuido mucho a la profusión de trabajos sobre la Violencia.

De esta manera, el libro *Guadalupe Salcedo y la insurrección llanera, 1949-1957* del profesor Orlando Villanueva Martínez es un escalón más, importante por cierto, para la comprensión del fenómeno. Desarrollado en un prólogo del profesor Ricardo Sánchez Ángel, unos agradecimientos, una introducción, que hace un completo recuento y análisis de cómo, desde diferentes ópticas historiográficas, se ha abordado el movimiento de los Llanos Orientales: la del oficialismo liberal, la de izquierda, la militar, la académica (para nosotros profesional) y la literaria, en las que se resaltan los aportes y limitaciones de cada una de ellas. Se divide en cinco partes: “conspiración e insurrección, 1949-1951”; “¿La insurrección desde abajo? 1951-1953”; “Aliados y enemigos: solidaridad colectiva y desintegración”; “El desplome de la insurrección, 1953”; “Guadalupe Salcedo: de cuatrero a jefe único de la insurrección”, más conclusiones. Todo ello en 553 páginas; más veinticuatro anexos documentales, un anexo cartográfico, otro fotográfico, la bibliografía, índices

de materias, lugares y nombres, que suman 221 páginas.

El libro se centra, como reza el título, en la insurrección llanera, la particular forma regional, quizás única, que tomó la Violencia en los Llanos Orientales de Colombia, que dadas las condiciones específicas allí existentes: un permanente “antagonismo llanero”, con énfasis liberal, contra los gobiernos conservadores, derivado, en gran parte, por el abandono estatal, el poco interés de la sociedad nacional, y la organización socioeconómica allí existente, basada en los hacendados y los comerciantes, en la cúspide, que constituían un sólido grupo de gamonales y caciques; los peones y los colonos, la gran mayoría, pero entre ellos en conflicto permanente, que propició o desató, luego del 9 de abril de 1948, la Violencia en los llanos, a partir del 8 de noviembre de 1949, la cual arrancó de manera formal como una arremetida inicial de los sectores conservadores y la lógica respuesta, en principio un tanto anárquica, de los liberales pero que, a medida que los acontecimientos nacionales y regionales se agudizaron, se consolidó y organizó.

Punto fundamental para que la insurrección llanera se fortaleciera fue el alzamiento en armas del capitán de aviación Alfredo Silva Romero, quien durante una semana, en noviembre de 1949, se tomó a Villavicencio y otras poblaciones llaneras, hecho que fue reprimido y las principales cabezas condenadas a prisión. El acto de Silva debía formar parte de un golpe de Estado, planeado por el liberalismo con el concurso del Ejército nacional, a realizarse el 25 de noviembre, pero cinco días antes las directivas nacionales del liberalismo decidieron no darlo, le “sacaron el cuerpo”, “traicionaron” el movimiento, dejando a las bases liberales y a los líderes regionales a su libre albedrío.

A partir del fracasado alzamiento de Silva Romero fue que se organizaron las guerrillas liberales llaneras, primero como defensa contra la Policía chulavita pero, ante la arremetida conservadora, se convirtió en una auténtica rebelión insurreccional, agrupada en torno al Ejército Revolucionario Liberal: División de los Llanos Gustavo Jiménez, que tuvo

dos etapas claramente reconocibles: la primera, de finales de 1949 a mediados de 1951, en la que prestaron su concurso los hacendados gamonales y caciques liberales para formar una guerrilla prioritariamente clientelar y familiar, estructurada, a semejanza de las fuerzas de las guerras civiles decimonónicas, en la que el comando guerrillero fue la expresión de las relaciones del hato, circunstancia que impidió generar un movimiento revolucionario que trastocara esa estructura, en donde tuvo particular importancia Eliseo Velásquez, el primer mito guerrillero llanero, que logró organizar ocho zonas guerrilleras, que funcionaron en los cauces de los principales ríos llaneros, al mando de un jefe capitán: Luis Escobar, Luis Esguerra, Isaac Vergara, Jorge Betancourt, Alfredo Parada, Eduardo Franco, Tulio Bautista, Álvaro Parra, que con rapidez se convirtieron en fuerzas insurreccionales y rebeldes, transformación que no supieron o no quisieron afrontar los líderes, pues al hacerse insurgentes, con ciertos matices de lucha de clases, los hacendados vieron comprometidos sus intereses y desertaron, pero no para mantenerse al margen, sino para aliarse con las Fuerzas Militares para exterminar a los campesinos.

La segunda, caracterizada por el autor como “la insurrección desde abajo”, desde mediados de 1951, con la Declaración de Sogamoso, hasta octubre y noviembre de 1953, cuando las guerrillas llaneras depusieron las armas, en la que ante la abierta negativa de las élites llaneras por apoyar el movimiento, este quedó, sobre todo en manos de los caudillos, de extracción popular, que habían surgido en la primera época, lo que generó un fraccionamiento de los frentes o zonas guerrilleras, que de ocho pasaron a veintitrés comandos unificados, sin unidad de mando, ni homogeneidad en el armamento y en el número de combatientes y suministros, que enfocaron su accionar, básicamente de autodefensa, contra la Policía, el Ejército, los ganaderos y los hacendados, que actuaron contra sus antiguos aliados. Confrontación violenta, que tuvo su punto más álgido en 1952 cuando los comandos lograron importantes golpes y emboscadas contra los militares,

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>al punto que para comienzos de 1953 las Fuerzas Militares estaban perdiendo su lucha contra la insurgencia llanera pues las comunicaciones eran rudimentarias, las tropas estaban mal preparadas y eran incapaces de combatir la guerra de guerrillas. A su vez, la contienda estuvo llena de arbitrariedades de ambos lados pues, ante los certeros ataques de los insurrectos, en retaliación los militares cometieron masacres contra la población civil.</p> <p>Se dio entonces un cambio: de una guerrilla clientelar y familiar, se pasó a una abierta confrontación de clases, a pesar de que hacia el final del movimiento, en especial luego de la “Conferencia de Boyacá”, 14 a 16 de agosto de 1952, cuando se acordó unificar el movimiento en torno a Guadalupe Salcedo, y se iniciaron unas tímidas conversaciones con el Partido Comunista, se lograron consolidar cinco comandos al mando del propio Salcedo, Dumar Aljure, Jorge González Olmos, Álvaro Parra, y los hermanos Chaparro Abella. Con simultaneidad, el Gobierno y las Fuerzas Militares comenzaron a ver la revolución por todas partes, lo que obligó a un cambio de estrategia; fue así como desde mediados de 1951 se pusieron en marcha las “contraguerrillas de la paz” como auxiliadoras del Ejército, con las que poco a poco se rompió la resistencia y la solidaridad colectiva de los combatientes; muchas de ellas fueron financiadas por los hacendados y comerciantes, el armamento corrió por cuenta del Ministerio de Gobierno y se constituyeron en el germen o génesis de los grupos paramilitares en Colombia. Asimismo, el Gobierno utilizó los asesinatos selectivos como formas de desintegración de la insurgencia; el caso más representativo fue el ajusticiamiento, entre el 20 y 24 de diciembre de 1952, de los hermanos Bautista (Tulio, Manuel, Pablo y Rubén). Luego del golpe militar de Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953, mientras que se cumplía el Congreso Guerrillero, se ofreció una amnistía general, paz y trabajo y el cese del derramamiento de sangre.</p> <p>Como resultado de la nueva estrategia, las guerrillas perdieron su fortaleza y se logró su desmovilización pues, ante el viraje hacia una lucha de clases y la inclinación por una ideolo-</p>	<p>gía marxista-leninista, se motivó una acción contrainsurgente orquestada por la dirigencia liberal, se dieron traiciones y delaciones por parte de algunos de los comandantes guerrilleros, anarquía y luchas internas al interior de los comandos, que ante el ofrecimiento de prebendas pasaron a engrosar las filas de la contraguerrilla, arrastrando a muchos combatientes, lo que generó algunas venganzas, o “ajusticiamientos”, de los alzados en armas, en lo que fue fundamental la figura de Guadalupe Salcedo. El ofrecimiento de una amnistía generalizada tuvo un efecto inmediato, el 18 de julio de 1953 se produjeron las primeras entregas y rápidamente la insurrección se desplomó.</p> <p>La última parte, se ocupa del mestizo y legendario líder guerrillero, el segundo gran mito llanero, José Guadalupe Salcedo Unda (1922-1957); en ella se reconstruye su biografía, sopesando los matices “blancos” y “negros” de la leyenda que, al igual que Velásquez, fue asesinado, en el que prima mucho el carácter de charro mexicano que tuvo Salcedo, como para el argumento de una película interpretada por Pedro Infante, Jorge Negrete o Miguel Aceves Mejía: arrogante, intrépido, aguerrido jinete, mujeriego, músico, que utilizó por lo menos tres apodos: Fiera Sarda, Negro Guadas y Terror del Llano, que por las vueltas de la vida se familiarizó con el robo de ganado y el crimen, sin mucha formación intelectual, con un innato sentido de lo militar y de la lucha insurgente, sin mayores dotes de lo político, pero con una sin igual inteligencia que le permitió leer la geografía llanera y entender la psicología del llanero, utilizar las redes familiares y claniles de los indígenas salivas para cumplir con sus iniciales actividades comerciales ilegales, centradas en el abigeato, y luego revolucionarias entre Puerto López y Arauca, al inicio contra la policía chulavita luego contra el ejército y los hacendados, marcadas por una estrategia de guerra de guerrillas. Conocimiento y experiencia empírico que fue fundamental a la hora de convertirse en caudillo; en palabras de Villanueva Martínez, “fue primero lumpen bandido, luego bandido social y finalmente guerrillero, político y gestor de paz”, que al negociar la paz</p>	<p>con el gobierno de Rojas Pinilla lo hizo de manera atropellada, prácticamente que “entregó” el movimiento de manera incondicional a cambio de nada, pues no consiguió las suficientes garantías para el pueblo llanero. Prueba de ello es que ni siquiera consultó a sus compañeros y a otros comandantes guerrilleros, y se tomó atribuciones que no tenía pues el Congreso de El Barley solo lo había autorizado para hacer la guerra, no para negociar la paz, lo que se concretó el 12 de septiembre de 1953.</p> <p>Luego de la entrega, de la que se arrepintió muy rápido, Salcedo se convirtió en “amigo del gobierno”, en un instrumento de la Dirección Liberal y defensor, como gestor de paz, del Frente Civil, y en vocero de las necesidades de la región. Retomó sus actividades ganaderas y comerciales, y con frecuencia viajaba a Bogotá. El gobierno de Rojas Pinilla no le cumplió a los guerrilleros llaneros las promesas que les había hecho, la mayoría de los principales líderes fueron asesinados, continuaron las venganzas y delaciones. El llamado Programa General de Acción, coordinado por las Fuerzas Armadas, tuvo un carácter muy general, solo se logró la creación del departamento del Meta y los problemas fundamentales de la población llanera no fueron solucionados. La paz nunca fue estable. A partir de 1955 los antiguos guerrilleros comenzaron a reorganizarse en torno a la Unión Revolucionaria. Salcedo, que se había decepcionado por el incumplimiento de lo pactado, se puso al servicio del nuevo movimiento, a comienzos de 1957 quiso revivir los fundamentos de la Segunda Ley del Llano y reactivar la insurrección llanera, posición que fue la causa de su asesinato, por parte de la policía, el 6 de junio de 1957. Después del asesinato de Guadalupe, el Llano quiso, sin mucho éxito, volverse a insurreccionar.</p> <p>El libro es producto de la tesis doctoral del autor en la Universidad Nacional, por lo que adelantó una minuciosa y juiciosa investigación en los periódicos, las revistas, las biografías, la bibliografía existente, los archivos, los juzgados, y adelantó una serie de entrevistas, todo lo cual tuvo un largo proceso de gestación, maduración y realización. Según parece, no hubo</p>

un mayor cuidado editorial, el cual era necesario dado lo desequilibrado del libro: entre el prólogo, la presentación, los agradecimientos y la introducción suman noventa páginas; la introducción es un verdadero tratado de sesenta y tres páginas; las primeras cuatro partes arrojan 367 páginas, que dan cuenta, de manera minuciosa, aunque con muchas repeticiones, sobre lo que fue la insurrección llanera; en ellas se aprecia un diálogo permanente y fructífero entre el autor y su director, el doctor César Augusto Ayala Diago; la última parte, con ochenta y ocho páginas, se centra en la figura de Guadalupe Salcedo, las conclusiones abarcan siete páginas, quizá hubiera sido conveniente “fundir” algunos capítulos, suprimir algunas explicaciones repetidas, etc.; además se aprecia cierto descuido en la edición pues es frecuente encontrar palabras mal transcritas.

Particularmente importante es el rescate de ciertos personajes como Eliseo Velásquez, y el abogado liberal antioqueño José Alvear Restrepo (1913-1953) quien se vinculó a las guerrillas en diciembre de 1952, y cumplió una labor importante dentro de ellas, la de intelectual; fue él quien planteó la necesidad de la unión y la formación de un estado mayor y un jefe único; su asesinato, el 19 de agosto de 1953, facilitó la desmovilización de las guerrillas llaneras; como también el análisis y presentación, aunque bastante difuso, de las dos leyes del Llano, la primera del 11 de septiembre de 1952, y la segunda que surgió luego del Congreso Guerrillero de 1953, con las que se intentó, en diferentes momentos, reorganizar de manera local el accionar de los insurgentes, sin plantearse la necesidad de la toma del poder; y la “ideología” o sentido del movimiento llanero: siempre fue un movimiento de autodefensa local apegado a las directrices del Partido Liberal, ora oficialista, ora gaitanista, que no entendió la unificación y desarrollo del movimiento en el ámbito nacional; prueba de ello fue que en el Congreso Nacional Revolucionario no se planteó el tema de la Reforma Agraria, pues se consideró innecesario, lo que indica la falta de claridad frente al gran problema, el de la tierra.

Un aspecto que solo se esboza y

tiene un tratamiento ligero es el de la participación de los principales grupos indígenas llaneros (achaguas, guahibos y sálivas), se menciona que se centró en proporcionar alimentos para los grupos insurgentes, y en eventuales defensas de sus disminuidos territorios ancestrales, pero si se tiene en cuenta que desde la época colonial persistía una odiosa práctica, “la guahibiada”, y unas tirantes relaciones interraciales e interétnicas, quizás estas se agudizaron durante los cuatro años que duró la insurgencia llanera; bien valdría la pena que el mismo autor u otro joven historiador o antropólogo desarrollara esta temática. También, es “tibio” el análisis de la participación del ejército norteamericano en la lucha contra la insurgencia llanera, se menciona, muy de paso, los bombardeos con napalm y algunos documentos.

Finalmente, el autor parece que se ha dedicado a biografiar y desmitificar personajes un tanto desconocidos, olvidados o tratados en forma ligera, como el anarquista Biófilo Panclasta, el connotado líder indígena Manuel Quintín Lame, el comandante llanero Dumar Aljure, tratando de sacarlos de cierta “prisión”; eso quiso en el libro sobre Guadalupe Salcedo y creo que lo logró.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor Titular, Escuela Superior
de Administración Pública